

BIBLIOTECA

Todorov

Memoria del mal,
tentación del bien

Indagación sobre el siglo xx



Galaxia Gutenberg

BIBLIOTECA TODOROV 5

Memoria del mal, tentación del bien

Tzvetan Todorov

Memoria del mal,
tentación del bien
Indagación sobre el siglo xx

Traducción de
Manuel Serrat Crespo

Galaxia Gutenberg

Título de la edición original: *Mémoire du mal, Tentation du bien*
Traducción del francés: Manuel Serrat Crespo

Publicado por
Galaxia Gutenberg, S.L.
Av. Diagonal, 361, 2.º 1.ª
08037-Barcelona
info@galaxiagutenberg.com
www.galaxiagutenberg.com

Primera edición: marzo de 2023

© Éditions Robert Laffont, 2000
© de la traducción: herederos de Manuel Serrat Crespo, 2023
© Galaxia Gutenberg, S.L., 2023

Preimpresión: María García
Impresión y encuadernación: Sagrafic
Depósito legal: B 1828-2023
ISBN: 978-84-19392-31-2

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede realizarse con la autorización de sus titulares, aparte de las excepciones previstas por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear fragmentos de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 45)

*Para Germaine Tillion, que ha sabido atravesar el mal
sin tomarse por una encarnación del bien*

PRÓLOGO

Fin de siglo

Recuerdo el 1 de enero de 1950: yo tenía once años y, puesto que la fecha representaba ya una cifra muy redonda, me preguntaba con cierta inquietud, sentado a los pies del árbol de Navidad, que por aquel entonces se llamaba árbol de Año Nuevo, si iba a alcanzar esa fecha, mucho más redonda aún, que suponía el 1 de enero de 2000. Estaba tan lejos, ¡había que esperar, todavía, medio siglo! Sin duda moriría antes. Pero he aquí que, en un abrir y cerrar de ojos, esa otra fecha ha llegado y me incita, como a todo hijo de vecino, a hacerme una pregunta: ¿qué debemos recordar de este siglo? Y digo siglo aunque cambiemos, al mismo tiempo, de milenio: éste no se deja aprehender; aquél, sí. El *Times Literary Supplement* nos solicita todos los años que distingamos el «libro del año»; a finales de 1999 pedía, también, el «libro del milenio». La pregunta me pareció tan fútil que no envié respuesta alguna. El siglo, en cambio, da sentido: es nuestra vida y la de nuestros padres, la de nuestros abuelos a lo sumo. Un siglo es el tiempo accesible a la memoria de los individuos.

No soy un «especialista» del siglo xx, como pueden serlo un historiador, un sociólogo, un comentarista político; no quiero, ahora, convertirme en ello. Los hechos, al menos en sus líneas generales, son conocidos, se encuentran hoy en todos los buenos manuales, como suele decirse. Pero los hechos no revelan, por sí solos, su sentido; y eso es lo que me interesa. No quisiera sustituir a los historiadores, que hacen ya su trabajo, sino reflexionar sobre la historia que están escribiendo. La mirada que fijo en el siglo no es la de un «especialista» sino la de un testigo afectado, la del escritor que intenta comprender su tiempo. Mi destino personal determina, por una parte, el punto de vista que elijo, y ello por

partida doble: por las peripecias de mi existencia y por mi profesión. En pocas palabras: nací en Bulgaria y viví en este país hasta 1963, mientras estaba sometido al régimen comunista; desde entonces, vivo en Francia. Por otra parte, mi trabajo se dirige a los hechos de cultura, de moral, de política, y práctico, particularmente, la historia de las ideas.

La elección de lo más importante que ha habido en el siglo, de lo que permite, por lo tanto, construir su sentido, depende de la propia identidad. Para un africano, por ejemplo, el acontecimiento político decisivo es, sin duda, la colonización y, luego, la descolonización. Pero para un europeo —y aquí me ocuparé, esencialmente, del siglo xx europeo, haciendo sólo breves incursiones en los demás continentes— la elección está abierta de par en par. Algunos dirían que el acontecimiento fundamental, a largo plazo, es lo que se denomina la «liberación de las mujeres»: su entrada en la vida pública, el control de la fecundidad (la píldora) y, al mismo tiempo, la extensión de los valores tradicionalmente «femeninos», los del mundo privado, a la vida de ambos sexos. Otros pondrán de relieve la drástica disminución de la mortalidad infantil, la prolongación de la vida en los países occidentales, los cambios demográficos. Otros podrían pensar, también, que el sentido del siglo está decidido por los grandes progresos de la técnica: dominio de la energía atómica, desciframiento del código genético, circulación electrónica de la información, televisión.

Estoy de acuerdo con los unos y los otros, pero mi experiencia personal no me permite enfocar de manera extraordinaria esas cuestiones; me orienta más bien hacia una elección distinta. El acontecimiento capital, para mí, es la aparición de un mal nuevo, de un régimen político inédito, el *totalitarismo* que, en su apogeo, dominó buena parte del mundo; que hoy ha desaparecido de Europa, pero no por completo de los demás continentes; y cuyas secuelas siguen presentes entre nosotros. Así pues, quisiera examinar primero, aquí, el enfrentamiento entre el totalitarismo y su enemigo, la democracia.

Presentar el siglo como dominado por el combate de estas dos fuerzas implica, ya, una distribución de valores que no todos comparten. El problema procede de que Europa no conoció *un* totali-

tarismo sino dos, el comunismo y el fascismo; de que ambos movimientos se opusieron violentamente, en el terreno de la ideología y, luego, en el campo de batalla; de que, unas veces uno y otras el otro, se aproximaron a los Estados democráticos. Las tres agrupaciones posibles entre esos regímenes fueron todas puestas en práctica, en un momento u otro. Al principio, los comunistas relegaron, en bloque, a todos sus enemigos (¡capitalistas todos!), distinguiéndose las democracias liberales y el fascismo como la forma moderada y la forma extrema del mismo mal. A mediados de los años treinta, sin embargo, y más aún durante la Segunda Guerra Mundial, la distribución cambia: demócratas y comunistas formaron entonces una alianza antifascista. Finalmente, pocos años antes de que estallara la guerra y, sobre todo, desde su conclusión, se propuso considerar el fascismo y el comunismo como dos subespecies del mismo género, el totalitarismo, una palabra reivindicada al principio por los fascistas italianos. Volveré más adelante a las definiciones y las delimitaciones; pero queda claro ya, por la articulación global que elijo, que esta tercera distribución es, para mí, la más ilustradora.

La elección del acontecimiento capital restringe sensiblemente mi tema. No sólo me limitaré, en lo esencial, a un solo continente, el mío, sino que el propio siglo se acorta un poco: su período central va de 1917 a 1991, aunque sea necesario remontarse hacia atrás y, por otro lado, interrogarse sobre todo su última década. Más importante aún, me limito a un solo acontecimiento de la vida pública, dejando en la sombra todos los demás, así como la vida privada, las artes, ciencias o técnicas. Pero la búsqueda de sentido tiene siempre un precio: procede por elección y relación, que habrían podido ser otras. El sentido que creo entrever no excluye el de los demás sino que se añade a él, en el mejor de los casos.

Mi punto de partida, esa doble afirmación según la cual el totalitarismo es la gran innovación política del siglo y que es también un mal extremo, produce ya una primera consecuencia: hay que renunciar a la idea de un progreso continuado, en el que creían algunos grandes ingenios de los siglos pasados. El totalitarismo es una novedad, y es peor que lo que le precedía. Eso no prueba, tampoco, que la humanidad siga inexorablemente cayen-

do por la pendiente, sólo que la dirección de la historia no está sometida a ninguna ley simple ni, tal vez, a ninguna ley a secas.

El enfrentamiento entre totalitarismo y democracia, como el enfrentamiento entre las dos variantes totalitarias, comunismo y nazismo, constituye el primer tema de mi indagación. El segundo se desprende de éste, por el mero hecho de que esos acontecimientos pertenezcan, en lo esencial, al pasado y sólo sobrevivan, entre nosotros, gracias a la memoria. Ahora bien, ésta no puede en absoluto asimilarse a una grabación mecánica de lo que acontece; tiene formas y funciones entre las que se impone elegir, su establecimiento conoce fases cuyas perturbaciones específicas puede sufrir cada una de ellas, puede ser asumido por protagonistas distintos y llevar a actitudes morales opuestas. ¿Es la memoria, siempre y necesariamente, algo bueno, y el olvido una maldición absoluta? ¿Permite el pasado comprender mejor el presente o sirve, más a menudo, para ocultarlo? ¿Son recomendables todos los usos del pasado? Las memorias del siglo serán pues, a su vez, sometidas a examen.

Finalmente, aunque se trate ante todo de reflexionar sobre el sentido de este acontecimiento central, me veo obligado a conocer también el pasado más inmediato, el posterior a la caída del muro de Berlín, para examinarlo a la luz de las enseñanzas que desprende el precedente análisis. Una vez vencido el totalitarismo, ¿ha advenido, acaso, el reinado del bien? ¿O nuevos peligros acechan a nuestras democracias liberales? El ejemplo que elijo aquí está extraído de la actualidad reciente, puesto que se trata de la guerra de Yugoslavia y, más específicamente, de los acontecimientos en Kosovo. El pasado totalitario, el modo como se perpetúa en la memoria y, por fin, la luz que arroja sobre el presente formarán, pues, los tres tiempos de la indagación que sigue.

He decidido mezclar con esta reflexión sobre el bien y el mal políticos del siglo el recuerdo de algunos destinos individuales, fuertemente marcados por el totalitarismo pero que supieron resistirse a él. No es que los hombres y mujeres de los que hablaré sean por completo distintos de los demás. No son héroes, ni santos, ni siquiera «justos»; son individuos falibles, como usted y yo. Sin embargo, todos siguieron un itinerario dramático; todos su-

frieron en sus carnes y, al mismo tiempo, intentaron depositar en sus escritos el fruto de su experiencia. Obligados a ver de cerca el mal totalitario, se revelaron más lúcidos que la media y, gracias tanto a su talento como a su elocuencia, han sabido transmitirnos lo que habían aprendido, sin por ello convertirse nunca en perentorios aleccionadores. Estas personas proceden de diversos países –Rusia, Alemania, Francia, Italia–, y sin embargo tienen un aire familiar. El mismo sentimiento se encuentra de un autor a otro, aunque haya matices: el de un pavor que no conduce a la parálisis; y también un mismo pensamiento, para el que encuentro sólo una etiqueta apropiada, la del *humanismo crítico*. Los retratos de Vasilí Grossman y de Margarete Buber-Neumann, de David Rousset y Primo Levi, de Romain Gary y Germaine Tillion están ahí para ayudarnos a no desesperar.

¿Cómo será recordado, algún día, este siglo? ¿Se lo llamará el siglo de Stalin y Hitler? Eso sería conceder a los tiranos un honor que no merecen: es inútil glorificar a los malhechores. ¿Se le dará el nombre de los escritores y pensadores más influyentes en vida, los que suscitaban mayor entusiasmo y controversia, aunque se advierta, con posterioridad, que casi siempre se equivocaron en sus elecciones y que indujeron a error a los millones de lectores que les admiraban? Sería una lástima reproducir así, en el presente, los errores del pasado. Por mi parte, preferiría que se recordaran, de este siglo sombrío, las luminosas figuras de los pocos individuos de dramático destino y lucidez implacable que siguieron creyendo, a pesar de todo, que el hombre merece seguir siendo el objetivo del hombre.¹

1. El primer germen de la presente obra se encuentra en un breve texto, publicado en 1995 con el título de *Los abusos de la memoria* por la editorial Arléa.